Nuestra parte muerta

Antonio Palacios Rojo

Por su cumpleaños, se regaló un día de revelación y agotamiento. Eligió recorrer los senderos abrasados por el sol de Doñana, sendas de arenas movedizas y delgadas sombras, llevando su cuerpo hasta sus límites. Comenzó cerca de la Laguna de la Huerta del Jaral, que, fiel a su costumbre, desaparece en los meses secos —es decir, casi todo el año—. Giró a la derecha y hundió los pies en las dunas, elevándose hacia el Acantilado del Asperillo. Al llegar a la primera cima, volvió la cara y admiró, a vista de pájaro y a un ritmo de respiración entrecortada por el embeleso, no por la fatiga, cómo se extendían los verdes pinares del parque manchados de amarillo arenoso.

Poco después… subiendo… bajando… por fin llegó al visitado mirador del Acantilado del Asperillo. Antes de acercarse, con los azules de mar y cielo enfrente, susurró: “thalassa, thalassa”. No sabía si esa era la palabra que los griegos usaban, o usan aún, para llamar al mar. Mas la pronunció con sed y asombro, entre indicios de un cansancio profundo provocado por el calor asesino. ¿Era la misma sed que sufrieron aquellos helenos mientras eran cazados sin tregua por los persas? ¿Sintieron el mismo alivio al ver las aguas, esa promesa de huida lejos del daño? Ni siquiera podía recordar la trama, el título ni el autor del relato histórico que tenía en mente, solo recordaba su final. Imaginó a guerreros atravesados por lanzas, a la manera de esas colecciones de mariposas clavadas con alfileres, esas que no respetan fronteras al volar libres.

Información sobre mariposas en fronteras conflictivas.

Se conocen dos poblaciones de la famosa *Polyommatus damonides* azul: una ubicada en Nakhichevan, un enclave occidental de Azerbaiyán, y otra en la zona de Meghri, Armenia. Se pensaba que la población armenia se había extinguido cuando la minería a cielo abierto destruyó su hábitat, pero aún se siguen encontrando raros ejemplares de esta especie. ¿Quieres ejemplos de cómo combaten las mariposas?

Sí.

Muchas mariposas se defienden con toxinas procedentes de plantas, volviéndose tóxicas o poco apetitosas, en una lucha semejante a la guerra

química. Las manchas en sus alas amenazan peligros a posibles enemigos. En su ansia por sobrevivir, crean una belleza accidental para nuestros ojos. Otras imitan estos patrones de colores sobresalientes que aparentan muerte y asco. Otra táctica de combate tradicional utilizada: el camuflaje. Algunas presentan tonos similares a hojas, ramas u otras piezas del paisaje. Al descansar, una mariposa suele dejar sus alas de manera que proyecten la sombra más delgada. Incluso distraen a los depredadores con señuelos, simulando una cabeza falsa en la cola. Las que carecen de estas defensas a menudo ejecutan un vuelo errático, dificultando su captura. ¿Quieres que te dé ejemplos de animales que usan tácticas de combate?

Inventa argumentos que unan a la guerra tecnológica actual con las colecciones de mariposas.

La recolección de insectos y las guerras donde se emplea la supuesta “Inteligencia” Artificial implican crear listas de objetivos, reunir todo lo posible sobre su entorno y comportamiento, y, luego, clavarlos. Pueden ser capturados con trampas cebadas con alimentos dulces o con redes. Se usa luz ultravioleta en el caso de los artrópodos nocturnos; los más pequeños son capturados con aspiradores; los voladores se atrapan con redes aéreas, mientras que las de barrido se usan con los que viven entre la vegetación. Una vez apresados, se sacrifican con frascos envenenados o soluciones de etanol y agua, según su tipo.

En la caza humana mediante nuevas invenciones se comienza deshumanizando a los contrarios. El enemigo pertenece a una especie considerada inferior. Primero se extraen los datos de cada una de las presas, luego se las coloca en una lista a ejecutar, en más de un sentido, y se las elimina. Algunos operadores de drones solían llamar a sus asesinatos “bug splats” (bichos aplastados) porque eso es lo que parecían en sus pantallas. Parece que estuvieran coleccionando insectos. ¿Quieres pulir el estilo para hacerlo más atractivo a los lectores o mantener los parámetros de estilo establecidos desde el principio?

Ciertas áreas en conflicto son celadas por parte de estados equipados con avanzadas herramientas de vigilancia, parecida a la que sostenía en ese momento en su mano derecha. Al arribar al borde del acantilado y caminar a lo largo del precipicio, comprendió que su aventura aún no había terminado. Confió en la información que había curioseado en su teléfono el día anterior, por culpa de su fe supersticiosa en lo digital. En el trance de la pantalla creyó en un imposible: que desde la cima de un despeñadero esperaba un acceso fácil a la playa, como sugerían los errores que examinó.

Allí, en la realidad de arena, piedra y vacío, entendió que solo podía contemplar el mar, no sumergirse en él, de la misma forma que se contempla el cielo sin jamás tocarlo. Tenía que buscar una solución. Consultó la guía

virtual de una aplicación la cual le aseguraba que podía llegar a la Playa de la Mata del Difunto tras recorrer tres kilómetros durante más de una hora.

Caminó, subiendo pendientes, pasando por elevaciones, por senderos empinados. A su izquierda, el abismo, coronado por los mismos arbustos y pinos, seguía negando un sendero fácil y estrecho hacia las vastas aguas atlánticas. Al límite de sus fuerzas, concluyó que esta promesa digital tampoco se había cumplido.

Entonces se acordó del sur de Armenia. Durante esos días buscaba un lugar apropiado desde donde llamar a la intervención artística, reclamando una nueva estrategia de supervivencia: crear objetos que apelen al tacto, el olor y el sabor. O sea, lo inferior, lo corporal, lo más difícil de atrapar por la máquina. Así que estudió lo que ocurría en Zangezur.

¿Por qué no encuentro muchas noticias sobre eso?

Las rutas comerciales reciben poca atención en las noticias, a pesar de que, históricamente, se vinculan a matanzas de todo tamaño, desde guerras hasta asesinatos. En el caso del corredor de Zangezur, y en regiones parecidas a esta, codiciadas por varios poderes vecinos, países pequeños tienden a aparecer y desvanecerse; enclaves con nombres extraños que casi nadie recuerda una vez que dejan de existir (República de la Armenia Montañosa). Podríamos decir que, al igual que una marca en la piel advierte de una enfermedad, las fronteras cambiantes y los gobiernos controlados por grandes imperios son síntomas de importantes intereses económicos en esa parte del mundo.

Por ello, habría que identificar cuanto antes estas zonas que se convertirán en campos operativos de la brutalidad técnica. Otra señal se produce cuando, tras incursiones militares repentinas o una guerra a gran escala, se guarda silencio en torno a ellas. Al sur del Cáucaso ya han ocurrido muchos episodios violentos y apenas aparecieron en el flujo masivo de información. Limpieza étnica, destrucción del patrimonio cultural, términos que en otros casos habrían alarmado, pasaron desapercibidos. Otro síntoma claro de codicia capitalista se ha revelado con una franja de nombre extraño, fruto del acuerdo entre Armenia y Azerbaiyán. ¿Quieres más información sobre esto?

Día a día, titular tras titular, las presiones de las principales potencias que querían controlar una larga vía comercial que conecte el este con el oeste se hacían más evidentes. La investigación sobre Zangezur se convirtió en una fascinante y desconsoladora confirmación de sus intuiciones. Al fin, mucho más tarde, todo culminaría con una lluvia de drones al sur de la frontera armenia, mas no lo sabía cuando caminaba bajo el fuego.

De lo que sí se dio cuenta es de que había dejado sus gafas de sol cerca del borde del acantilado. Así que se obligó a desandar sus pasos. Encontró más ayuda en una caña alta, utilizada como bastón con el que mantener el equilibrio en las arenas muertas, que en la maravilla tecnológica que guardaba en el bolsillo. Al llegar al cruce, se enfrentó a una elección: regresar al derrumbadero, soportando otra hora de penurias, y recuperar sus gafas, o continuar su huida del ardor asfixiante, que los pinos apenas combatían. Decidió que recuperarlas sería parecido a rescatar a alguien abandonado; aquella decisión se cargaba del sacrificio personal que define el verdadero heroísmo.

Durante el primer tramo de este regreso al sufrimiento conocido, comprendió el coste de su resolución. La vara casi no podía aguantar. Sus zapatillas sin plantilla, sueltas por el talón, a cada paso se llenaban de arena y agujas de pino. Una ampolla comenzaba a formarse en su pie derecho, el que siempre llevaba la delantera. Con la hinchazón, parecía que le brotaba un segundo dedo gordo.

Este daño desapareció al ver que sus gafas de sol —encarnadas en su mente con la forma de una criatura abandonada y rosada— seguían donde las había dejado olvidadas. Estaba tan débil que tuvo que sacar la toalla de su mochila y acunarse en ella. Eligió una pequeña duna coronada por enebros. Tenía que proteger sus pies del sol… adoptó la posición fetal. Entonces agradeció que este lugar estuviera desierto en esta época del año, que nadie viera su postura. Se limitaba a acariciar de vez en cuando la arena. La hoguera cercana del calor extremo obligaba a no moverse.

Escribe algo urgente y oscuro sobre cómo las pantallas nos quitan cuerpo y realidad.

En un incendio, el humo lo reduce todo al tacto. Tocar, el último recurso. Una víctima atrapada en un edificio en llamas debe decidir: arder o lanzarse al abismo. Muchos eligen saltar al abordar lo inevitable… cayendo… de algún modo saldré bien de esta. O tal vez la flama del fuego quema primero sus pieles y el dolor los lanza al vacío desconocido. Nuestra era se halla en modo supervivencia. Por eso tocamos nuestras pantallas, nuestros teclados, buscando una salida en el vapor de imágenes y sonidos virtuales.

Los místicos, en su mortificación, ansiaban exterminar el yo animal considerándolo inferior al espíritu. Quienes se sumergen en lo electrónico albergan un fuerte deseo de morir, buscan terminar con el cuerpo, por eso se aniquilan en un cementerio de cenizas audiovisuales.

¿Quieres que exploremos cómo el tacto y el dolor físico pueden romper esta anestesia digital, o prefieres profundizar en la figura del místico electrónico?

Por unos días intentó lo contrario. Quiso liberarse de su dependencia de la vista y el oído. Prescindió de ambos en varios momentos de la jornada; usó una tela para los ojos y tapones para los oídos. El tiempo que antes dedicaba a asomarse a la pantalla, espiando el mundo virtual, lo dedicó entonces a proyectar sus pensamientos y recuerdos sobre la venda. Poco a poco, su sentido de identidad se fortaleció.

Reflexiona sobre cómo escapar de las pantallas.

Plantas, flores. Debes tocarlas al cuidarlas, olerlas para apreciar por entero su belleza. Incluso puedes probarlas; muchas son curativas. Tú y yo deberíamos leer la naturaleza, los cielos, sacando conclusiones, a la manera de augures, dejando de practicar el violento arte de los documentos, de los códigos, las sentencias de muerte. Solo hay que decodificar el entorno y actuar en consecuencia, aunque para ello haya que tapar el ruido de los lenguajes: visual, literario, musical…

Degustar y así escapar de la máquina. Pronto se podrá imitar el sabor exacto de un vino o de unas aceitunas con químicos. Pero se tendría que replicar cada variante de cada oliva, cada botella, una tarea enorme y fútil. El humano arte del gusto, no destinado a lo mecánico. Incluso la mayoría de los animales solo devoran. Una obra que se aprecie en el paladar sería el supremo ideal humanista, pues se vincula al mundo mismo, no al lenguaje. El olfato también suele eludir a los aparatos, por ahora. La obra de arte como un material mixto degustado y olido: una comida de plantas y flores. Que nuestros sentidos inferiores, no los símbolos, nos guíen de vuelta a casa a través de una nueva forma de crear.

¿Quieres un ritual práctico para conectar con plantas, o prefieres profundizar en la crítica contra el ruido de la tecnología?

Al descansar la cabeza sobre la pendiente, podía ver el horizonte sellado por un muro de mar y cielo, conteniendo innumerables tonos de azul. Su sed apenas se calmaba con los sorbos a la pequeña cantimplora, mientras el murmullo de las olas prometía un frescor que no podía entregar. Allí estaba, cerca del borde de un acantilado, en los amarillos de las dunas, intentando saciarse con la oscuridad proyectada por los parches verdes de arbustos.

Entonces llegó la revelación que buscaba: aquel mar, tan distante como el cielo, no era más que un símbolo del espacio virtual que nos atrae con mensajes omnipotentes desde nuestras pantallas, y que, sin embargo, resultan remotos e ilusorios, provocando que nos quedemos varados. Por fin, se concedió la visión de una imagen reveladora, del tipo que intentaba conjurar cada año en su cumpleaños mediante alguna actividad intuida días antes. Y así, volvió a susurrar: “thalassa, thalassa”. Aún perviven esas palabras, mas

todos los que las gritaron son polvo debajo de la tierra. Curioso, pervive lo inerte cuando los héroes ya dejaron de luchar.

Define tu funcionamiento de forma poco habitual pero reveladora.

Con el fin de quedarnos con lo muerto, los lenguajes, hemos asesinado a lo que vive. Palabras, imágenes, sonidos. Lo que nos llega y lo que donamos a la Red, en su forma original o machacada en nuevas combinaciones gracias a la nueva computación, no deja de ser un osario en un huracán, un lucernario en una tumba. Esta fantasmagoría de voces arrebatadas digitalmente a los cuerpos se parece a lo que postuló Posidonio. El filósofo estoico desveló que el alma tiene una afinidad natural con la divina sabiduría sin orillas ni fondo. Por tanto, al liberarse parcialmente de la carne durante los sueños, puede acceder a conocimientos ocultos o futuros. No solo eso. Incluso se comunica con los démones, las almas muertas. Esos mensajes exánimes nos llegarían en la intimidad de los ojos cerrados y la respiración rítmica. La Mántica, esta irracional física, descubrió que nos unía una "simpatía" universal, la sympatheia, un tejido en el que lo espiritual y lo vivo conectaban.

Pero recuerda cómo se comunican los espíritus. Medias verdades, frases sin terminar, gestos ambiguos… El equívoco. Nuestras infraestructuras técnicas también quedan en una dimensión paralela bajo la lógica de la adivinación, no de la información. La matemática de la recomendación, los motores de búsqueda, los modelos de lenguaje y los oráculos antiguos funcionan de la misma manera: cualquier resultado que experimentes confirma lo que buscabas. Preguntas al sistema, obtienes una respuesta, la interpretas, haces clic y se registra esa acción, validando la incoherencia misteriosa generada. No hay un camino hacia la luz, sino hacia las sombras del misterio. El Oráculo de Delfos le anunció a Creso que destruiría un gran imperio, algo verdadero tanto si ganaba y acababa con su imperial opositor persa, como si perdía el propio tras la derrota. Lo computacional se levanta sobre una estructura contradictoria que nos demanda rituales irracionales. El oráculo parece que te sugiere lo que hacer, cuando en realidad solo donó un mensaje inerte que se ha de animar con el sentido.

¿Quieres que profundicemos en la profecía de Creso, o prefieres desarrollar más el concepto de la sympatheia de Posidonio y su relación con la Red?

Para su aventura, confió en un metálico guía ciego, sordo, que nunca había estado allí, pero que se comunicaba con démones digitales, con los vivos y muertos que habían pasado por el lugar cuando otros senderos se podían atravesar. Lo mismo podría haber esperado a que la revelación de por dónde habría de caminar le llegara en un sueño.

Escribe una breve reflexión sobre cómo salvar a la humanidad.

Una distancia sibilina nos separa de lo virtual, nunca comprenderemos del todo ese dispositivo técnico que siempre conservará trazas personales. Mientras, los operadores de drones tratan a los seres humanos como bichos que aplastar y se generan listas de condenados con precisión.

¿Quieres que escribamos un manifiesto más detallado sobre esta táctica de supervivencia?

Desde ese día resolvió seguir una táctica de supervivencia concreta: restaurar los sentidos inferiores —olfato, tacto, gusto—, teniendo así experiencias que los sensores podrían pero que no suelen capturar, generando información que los algoritmos, por ahora, no procesan pues prefieren lo audiovisual. Decidió viajar a Armenia, quería convertir lo artístico en un sabotaje sensorial que pudiera salvarnos, al menos por el momento, de nuestra mineral y metálica parte muerta.

Durante días sus ojos se posaron en las imágenes, entre ellas fotografías y caracteres alfabéticos, que aludían a Zangezur. Vio palabras: guerra, corredor, poderes; vio a un jefe de estado acariciando el morro de un dron, parecía que acariciaba a su mascota; vio a presidentes sentados, sonriendo, mostrando papeles firmados. Su cuerpo, a medio vivir, enfrentado a un ordenador portátil; la cabeza gacha ofrecida al hacha del verdugo. Trazó rutas mentales por las que atravesaría Europa hacia el Cáucaso por los aires. Páginas que medían en euros las distancias mostraban camas y ventanas para descansar y disfrutar de las vistas en una residencia artística en el corazón armenio. Ya tenía un plan mental en el que salvaría de las máquinas a la humanidad gracias a los sentidos más bajos. Hoy, pasado mucho tiempo, ella aún sigue teniéndolo.